

# **BRUNO SE VA DE PASEO**

**Guillermo Rubio Arias-Paz (Hile)**

## **CAPÍTULO 1**

El invierno no estaba siendo especialmente frío, pero Bruno tuvo que superar la pereza para salir de casa en la mañana gris. Como casi siempre que no tenía un plan concreto, dejó que sus pies se dirigieran hacia el parque del Retiro. Había llovido por la noche y las aceras húmedas estaban poco transitadas, mientras se iba disolviendo el atasco matinal de un día laborable. Pensó por un momento en su compañera habitual en esos paseos. En los que daba los fines de semana. Solamente entonces podía pasear acompañado.

Pasaba bajo sus pies la acera resbaladiza; coraza metálica de la ciudad, que detesta la lluvia. Caminaba mirando los escaparates de las tiendas. Bajó la Gran Vía, cruzó Cibeles y pronto llegó hasta el parque. Lo encontró más solitario que otras mañanas; la amenaza de nueva lluvia no invitaba a pasear. Pero eso lo hacía más apetecible a los ojos de Bruno. Se alzó el cuello forrado de la cazadora de cuero y prosiguió su paseo, ya por el parque, sin rumbo fijo. Unos músicos, a falta de público, ensayaban junto al estanque canciones de folclore peruano. Evitando el estruendo de sus amplificadores, se fue alejando de las zonas más frecuentadas; pronto se encontró paseando por callejuelas arboladas de aspecto abandonado; pisaba ahora tierra mojada, con zonas de barro que no evitaba, como tampoco esquivaba los pequeños charcos, poniendo a prueba sus botas y su madurez; le encantaba pisar charcos.

Manos en los bolsillos, cabeza baja, dejó volar sus pensamientos, mirando las hojas caídas sobre la tierra gris. Hojas que había arrancado la lluvia intensa y habían quedado pegadas al suelo como cromos desordenados. Sabía si el árbol junto al que pasaba era diferente al anterior sin levantar la vista, por las hojas que alfombraban en círculos cada pedazo del camino. Pensó que el suelo era un gran diseño pop, con círculos de colores diversos. Pasó por una zona de hojas lobuladas y oscuras, que sólo podían ser de roble; poco más allá encontró una alfombra dorada de hojas alargadas. Conocía ese árbol pero no el nombre, así que levantó la mirada para observarlo y entonces se percató, con un leve sobresalto, de que estaba frente a un anciano de rasgos orientales que le miraba fijamente, a menos de un metro de distancia; las manos del anciano habían llegado a sujetarle por los brazos, previendo el inevitable choque.

Aquel viejo le había observado mientras se aproximaba; le había visto llegar con la mirada fija en el suelo, observando las hojas caídas de cada árbol, inmerso en el juego de sus pensamientos. Y ahora, tras evitar el topetazo, le palpaba la cazadora como si la planchara tras haberla arrugado, en un gesto medio cómico.

Se sintió ridículamente cazado en falta, sobre todo cuando Bruno observó, mirando detrás del enjuto chino, que éste no estaba solo: un grupo heterogéneo de personas de ambos sexos, unas quince, observaba la escena. Nadie hablaba. Comprendió entonces que, al topar con el anciano, había interrumpido un ejercicio de grupo, con seguridad de alguna disciplina oriental.

Musitó una torpe disculpa; el anciano, mirándole fijamente a los ojos con una extraña sonrisa de complicidad, le dio un pequeño apretón con ambas manos sujetándole por la

cintura. Bruno pensó que parecían una pareja bailando y se sintió aún más ridículo; luego el viejo le soltó, sin dejar de mirarle ni perder su extraña sonrisa, en la que no supo si ver un punto travieso, junto a otro de tensión; pero ésta podía deberse a su propio azoramiento. Cuando al fin se vio libre de sus manos, hizo un semicírculo hasta colocarse detrás del grupo de personas; tras contemplar en silencio pero medio divertidos el extraño encuentro, ahora fijaban su atención en el anciano, ajenos ya a su presencia.

De frente al grupo y al propio Bruno, aquel viejo oriental empezó a moverse de forma lenta y coordinada. Sus brazos y piernas se deslizaron con una elegancia admirable. El resto del grupo le imitó, componiendo una danza lenta y sin música, sólo acompañada por el leve rumor de los pies al rozar el suelo, de los brazos al dibujar surcos en el aire, de las respiraciones.

Pensó en una persona que conocía, un amigo que practicaba Tai-Chi. Por un momento le buscó entre esa gente; pese a que le daban la espalda tuvo la seguridad de que no estaba allí. Qué tontería, su amigo estaría trabajando.

No había órdenes, nadie hablaba. En la plazoleta rodeada de árboles, con el suelo alfombrado de hojas colocadas en círculos de colores, el anciano se movía en una danza armoniosa y, un segundo más tarde, sus acompañantes iniciaban la imitación, como un eco inmediato y múltiple. Frente a Bruno se ejecutaba un lento ballet que transmitía tranquilidad. Como todos miraban al anciano, podía contemplarles sin sentirse incómodo, desde detrás de ellos. Sin embargo el anciano, sin dejar sus movimientos, seguía lanzándole penetrantes miradas. Bruno no fue capaz de reconocer los sentimientos que las generaban. Se sentía observado pero, por alguna extraña afinidad que encontraba en la mirada del viejo chino, no molesto.

Así pasaron unos diez minutos. Después, tras un último movimiento que Bruno interpretó como de recogimiento final, quedaron quietos. El grupo se deshizo en pequeños corros, en los que se hablaba quedamente. Otros se acercaron a un banco para recoger sus prendas de abrigo, el anciano entre ellos. Bruno había decidido irse, de hecho había dado un primer paso retomando su camino, pero miró hacia el anciano; éste pareció estar esperando su mirada, pues le invitó a acercarse con un gesto.

Estamos ante uno de esos momentos, aparentemente intrascendentes, en que las personas, movidas por un extraño impulso interior, encuentran formas de comunicarse sin necesidad de palabras. Bruno, como luego reconocería al recordar ese momento, sabía que el anciano quería hablarle. Si aparentemente había comenzado a andar, prosiguiendo su interrumpido paseo, lo había hecho simplemente por no parecer presuntuoso ante aquel hombre por el que, desde su primera mirada, había sentido una atracción especial.

Así que se acercó hasta donde el anciano, ligeramente apartado de los demás, le esperaba. Al aproximarse, el viejo alzó un papel que llevaba en la mano, y se lo entregó diciendo, en un español poco elaborado y casi ininteligible:

- Mi nombre Li Yong. Leer. Regalo.